

Capítulo 9

Imágenes del gaucho en la literatura argentina. Subjetivación y política en las luchas por la construcción de la estatalidad moderna rioplatense

Manuel Cuervo Sola¹

Resumen: En este escrito indagamos por las formas de subjetivación política que produjo la irrupción política de los sectores sociales más desfavorecidos de la sociedad colonial en el proceso independentista rioplatense. Nos proponemos desentrañar los efectos que generó el empoderamiento de las masas populares acaecido durante las guerras de independencia sobre el sistema de fuerzas, proyectos e identidades políticas que pugnaron en la segunda mitad del s.XIX. A partir de los conceptos de clinamen (Boaventura de Sousa Santos, 2007), acontecimiento y subjetivación política (Alain Badiou, 2008), abordamos algunas obras fundacionales de la literatura argentina que tematizan sobre la figura del gaucho e identificamos en ellas tres formas del sujeto político: el sujeto fiel que permanece adherido al clinamen que produjo la emergencia igualitaria de lo popular; el sujeto oscuro que con la antigua coartada de la civilización intenta borrar todo rastro de aquel; y el sujeto reactivo que propone incluir al gaucho sin cuestionar la estructura colonial vigente.

Palabras clave: clinamen, subjetivación política, colonialismo, independencia, siglo XIX.

Resumo: Neste trabalho pesquisamos as formas de subjetivação política que produziu a emergência política dos setores mais desfavorecidos da sociedade colonial no processo de independência na região do Rio da Prata. Nosso objetivo é estudar os efeitos gerados pelo empoderamento das massas ocorrido durante as guerras de independência no sistema de forças, projetos e identidades políticas que lutaram na segunda metade do século XIX. A partir dos conceitos de clinamen (Boaventura de Sousa Santos, 2007), acontecimento e subjetivação política (Alain Badiou, 2008), trabalhamos algumas obras fundamentais da literatura argentina dessa época que abordam a imagem do gaúcho e nelas identificamos três figuras do sujeito político: o sujeito fiel, que fica ligado ao clinamen que produziu o surgimento do igualitarismo popular na história; o sujeito obscuro, que com o antigo pretexto da civilização e tenta apagar todos os vestígios do clinamen; e o sujeito reativo, que propõe a inclusão do gaúcho, mas sem questionar a estrutura colonial existente.

¹ Manuel Cuervo Sola. Lic. en Ciencia Política y Administración Pública por la Universidad Nacional de Cuyo. Ha participado en numerosos proyectos de investigación vinculados a la historia y al pensamiento político latinoamericanos, así como también a los problemas de la teoría política contemporánea. Se desempeña como becario doctoral de CONICET (INCIHUSA-CCT Mendoza, Argentina) y como profesor de Teoría Política II en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (UNCUYO). Es miembro del Centro de Estudios de Teorías críticas y prácticas emergentes en América Latina (UNCUYO).

Palavras-chave: clinamen, subjetivação política, colonialismo, independência, século XIX.

Introducción

En este trabajo nos proponemos realizar un estudio sobre los diversos proyectos políticos que confrontaron en el proceso de fundación/cimentación de las formaciones estatales modernas en torno a la Cuenca del Plata. Con la proclamación de la independencia en la región, que puso fin al dominio ejercido durante siglos por las monarquías ibéricas, se abrió un periodo de incertidumbre sobre el sentido que tomaría la revolución en su etapa postindependetista. La consolidación de los Estados finalmente resultantes, y la construcción de una “nacionalidad” en torno a cada uno de ellos, estuvo atravesada por una profunda confrontación entre diversas facciones y sectores sociales por imponer sus intereses y visiones al proceso revolucionario. En este proceso histórico los sectores subalternos irrumpieron en la forma de milicias montoneras y pugnaron por democratizar la rígida estructura social que se heredaba del periodo colonial. Aunque no el único, ya que en las montoneras se enrolaron campesinos pobres, pequeños agricultores, comerciantes y artesanos de los pueblos y ciudades continentales (indios, negros, criollos y mestizos) y algunos propietarios de tierras, el gaucho fue el actor emblemático de esta forma particular de organización político-militar de las masas del interior.

El gaucho, habitante típico de las extensas llanuras que circundan la Cuenca del Plata. Sujeto acostumbrado a una vida relativamente solitaria, relativamente nómada, que circulaba por las pampas en busca de diversos trabajos (siempre rurales y temporarios). Habilísimo en el arte de la montura y el manejo del cuchillo, destrezas fundamentales para las labores que requiere la actividad ganadera, atravesaba la agreste topografía pampeana sin descanso, confiando solamente en su pericia para leer los accidentes geográficos y en el vigor de su caballo y de su brazo.

En torno a este personaje distintivo de la ruralidad rioplatense decimonónica se articulará la lucha por los fundamentos políticos de la nueva estatalidad que se busca construir luego de la independencia.

¿Por qué razón la figura del gaucho tiene esa centralidad? Porque en él, personaje arquetípico de la política federal y popular de las montoneras y de su eficacia militar en los campos de batalla, se encarnaba la posibilidad histórica de una radical transformación de la sociedad colonial. El gaucho, empoderado por su participación en las milicias de las guerras de independencia, emergía en el periodo postindependetista como el sujeto portador de un clinamen², de un punto de fuga histórico, a través del cual se podía poner en crisis el proyecto de las elites liberales que asentaban su poder en la continuidad de las asimetrías sociales heredadas de la colonia. El gaucho organizado en las montoneras era el índice del acontecimiento político, el índice de la crisis integral de toda la estructura social rioplatense, el índice de las potencialidades emancipatorias de las masas subalternas. Estas razones explican la centralidad de su figura.

En el presente escrito indagamos un conjunto de obras literarias que construyen representaciones diversas del gaucho durante el periodo de conformación de la estatalidad

² Ver Santos (2007).

moderna en la región. En ellas se cristalizan imágenes/percepciones/valoraciones que expresan cabalmente los aspectos fundamentales de los proyectos políticos que estaban en pugna en aquel momento.

Tal como afirma Aníbal Quijano, la homogeneización de la sociedad en este periodo:

fue llevado a cabo en los países del Cono Sur latinoamericano no por medio de la descolonización de las relaciones sociales y políticas entre los diversos componentes de la población, sino por la eliminación masiva de unos de ellos (indios, negros y mestizos). Es decir, no por medio de la democratización fundamental de las relaciones sociales y políticas, sino por la exclusión de una parte de la población. (Quijano, 2000:19)

Sin embargo, antes de esta homogeneización forzada, antes de la oclusión histórica que significó el triunfo de las minorías liberales oligárquicas, hubo un periodo en el cual otra historia fue posible. En los textos literarios de la época están las marcas de esa posibilidad y los rastros de sus batallas. Trabajar sobre los mismos nos permite reconstruir los aspectos fundamentales la lucha política que tuvo lugar en ese periodo.

Nuestra hipótesis de lectura podría enunciarse del siguiente modo: en torno al acontecimiento político que se produjo en el proceso de independencia, y cuya síntesis expresa el par *empoderamiento de las masas populares/crisis de la jerarquías sociales coloniales* que encarnó la figura del gaucho, se organizaron tres formas de subjetivación política: el sujeto fiel que reivindicó al gaucho, se adhirió al clinamen que produjo la emergencia igualitaria de lo popular y propuso un proyecto integral de descolonización en la región; el sujeto oscuro que con la antigua coartada de la civilización intentó literalmente borrar todo rastro del clinamen popular eliminando, cultural y demográficamente, a sus representantes a través matanzas y exclusiones, y que utilizó el discurso racista del colonialismo para justificar sus crímenes; y el sujeto reactivo que esbozó una suerte de “crítica interna” de la civilización y con la cual intentaba que se incluyera al paisanaje, a los gauchos aún sobrevivientes, en el sistema social que surgía con la modernización pero sin dirigir un verdadero cuestionamiento a la estructura colonial vigente.

En el siguiente apartado realizamos una aproximación al marco histórico en el cual los conflictos políticos anteriormente mencionados tuvieron lugar. Posteriormente, en la última parte del trabajo, emprendemos el análisis de las obras literarias y de las representaciones y formas de subjetivación política que las mismas expresan, e intentamos formular algunas conclusiones preliminares.

Marco histórico

Las luchas políticas que sobrevivieron a la gesta independentista que tuvo lugar en el Virreinato del Río de la Plata estuvieron estructuradas en torno a dos ejes:

El primero de ellos, que llamaremos el desafío del colonialismo externo, hace referencia a la unidad geopolítica de la Cuenca del Plata frente a la expansión mundial del capitalismo imperialista inglés que se impuso como eje problemático para los proyectos políticos emergentes de la independencia.

En efecto, la expansión política y comercial de Inglaterra por todos los rincones del globo, hasta llegar a constituir un gigantesco imperio mundial fue una realidad ineludible para los procesos de independencia y consolidación de estructuras estatales modernas en Latinoamérica.

La creciente presencia de la diplomacia británica y de posibilidades de negocios con la isla, ya desde el siglo XVII fue reconfigurando los equilibrios políticos, económicos y

sociales de la sociedad colonial. Esta expansión mundial del imperialismo inglés generó una dislocación de la lógica de distribución de fuerzas que preexistía en el Cono Sur.

A nivel territorial se produjo una traslación del eje de crecimiento económico desde la región del Alto Perú, que sustentaba su centralidad en el sistema colonial del Cono Sur por su cercanía con Lima (corazón político-militar de la región) y fundamentalmente por su riquísimo Potosí (de donde se extraían las mayores cantidades de metales preciosos de América) hacia la región de la desembocadura de la Cuenca del Plata, impulsada por la tracción que ejercían la mercancía y la diplomacia inglesas.

De este modo, las ciudades con puertos que posibilitaban el comercio con Inglaterra adquirieron primacía sobre el resto de las ciudades del Virreinato: la burguesía comercial de Buenos Aires, y en menor medida la de Montevideo, se desarrollaron vertiginosamente, y el monopolio de las rentas aduaneras obtenidas del intercambio internacional les permitieron solventar poderosos ejércitos para sostener en el tiempo, política y militarmente, la primacía que la nueva configuración geopolítica les otorgaba.

Por otra parte, las vastas regiones litorales, cuya economía estuvo basada históricamente en una rústica y pobre actividad de aprovechamiento del cuero obtenido de la caza del ganado cimarrón que pacía libremente en estas llanuras, comenzaron a mostrar niveles de actividad económica creciente por su cercanía con los puertos y por la expansión y mejoramiento de la actividad ganadera orientada a la exportación de carnes y lanas.

Finalmente, las regiones más alejadas de los puertos, que se extendían de norte a sur al pie de los Andes y que comprendían también los antiguos territorios de las misiones jesuíticas al norte y de la provincia de Córdoba en el centro (regiones que en pleno periodo colonial habían mostrado economías florecientes por su cercanía geográfica con Potosí) comenzaron a sufrir crecientes crisis en sus estructuras económicas y sociales diezmadas por los efectos de las guerras de independencia y por la progresiva penetración de la mercancía inglesa. Estas transformaciones a nivel territorial tenían su contracara a nivel social: nuevos actores económicos aparecían; algunos, ya existentes, se fortalecían, mientras que otros marchaban hacia la quiebra. Se trató de un profundo forzamiento de la estructura política y económica del Cono Sur generado a partir de la expansión de los efectos de la revolución industrial inglesa en esta región.

El segundo asunto que estructuró las luchas políticas a partir de la independencia fue el desafío del colonialismo interno. El concepto de colonialismo interno fue acuñado por Pablo González Casanova para señalar la persistencia de asimetrías coloniales en las sociedades latinoamericanas luego de las independencias. Al respecto el autor nos dice:

La definición del colonialismo interno está originalmente ligada a fenómenos de conquista, en que las poblaciones de nativos no son exterminadas y forman parte, primero del Estado colonizador y, después, del Estado que adquiere una independencia formal [...] Los pueblos, minorías o naciones colonizadas por el Estado nación sufren condiciones semejantes a las que los caracterizan en el colonialismo y el neocolonialismo a nivel internacional: habitan en un territorio sin gobierno propio; se encuentran en situación de desigualdad frente a las elites de las etnias dominantes y de las clases que la integran; su administración y responsabilidad jurídico-política conciernen a las etnias dominantes, a las burguesías y oligarquías del gobierno central [...] sus habitantes no participan en los más altos cargos políticos y militares del gobierno central, salvo en condición de “asimilados”; los derechos de sus habitantes y su situación económica, política, social y cultural son regulados e impuestos por el gobierno central. (González Casanova, 2006: 409)

Con la apertura del proceso independentista la estructura de jerarquías sociales coloniales (cuyos fundamentos eran centralmente raciales) entró en crisis y constituyó un segundo eje problemático que los proyectos políticos de la independencia tuvieron que afrontar.

El cuestionamiento de las jerarquías heredadas iba desde la impugnación que los españoles americanos dirigían a los peninsulares por sus privilegios y prerrogativas económicas y políticas, hasta la impugnación del régimen esclavista que regía sobre los pobladores negros, el sistema de servidumbre que sometía a las poblaciones indias, y su respectiva correlación en la desigual distribución del poder político y económico. También, en esta crisis de la estructura social colonial se ponía en entredicho el modo de vida propio de la sociedad tradicional, sus valores, abriendo paso a una disputa por el sentido político que tendría que tomar la “modernización”.

En torno a estos dos ejes, que hemos llamado el problema del colonialismo interno y el del colonialismo externo, se estructuraron las luchas políticas en esos años. ¿Cómo sería, una vez alcanzada la independencia de España, el tipo de relación que los territorios articulados en torno a la Cuenca del Plata establecerían con el cada vez más vigoroso mercado mundial que construía la expansión imperial británica?, ¿cómo se reconfigurarían las relaciones entre los distintos sectores sociales al interior de las formaciones estatales nacientes?, ¿cuál sería el modo de vida y el orden de jerarquías que articularía nuevamente esta heterogeneidad social? Estas fueron preguntas ineludibles para cualquier proyecto que intentara hegemonizar el proceso de conformación de un orden institucional estable luego de las luchas de independencia. En ellas se encuentran expresadas las coordenadas políticas que ordenaron el campo de lucha en el periodo postindependentista.

De este modo, con el objeto de mostrar de manera simplificada el campo de fuerzas políticas, podemos decir, que en un extremo del campo político se encontraba el proyecto rivadaviano³ que se proponía construir un régimen político que mantuviera las jerarquías sociales que se configuraron en la etapa de empoderamiento del puerto de Buenos Aires durante el periodo colonial español,⁴ pero sustituyendo la relación colonial externa por el dominio político y comercial de Londres.

En el otro extremo se ubicaba el proyecto político artiguista⁵ que se proponía incorporar a las luchas por la independencia de España un proyecto de profunda democratización de la sociedad que rompiera con las jerarquías sociales heredadas de la colonia y con la primacía geopolítica de Buenos Aires sobre el resto de los pueblos del interior.⁶ Al mismo tiempo, este proyecto político se proponía mantener autonomía respecto de la creciente influencia británica en la región a través de una política comercial común para toda la Cuenca del Plata que protegiera las economías regionales y permitiera alcanzar posiciones de negociación más favorables en las relaciones con la pequeña isla industrial y su aliado lusitano local.

³ Bernardino Rivadavia fue un político rioplatense que ejerció la presidencia de la Argentina entre el 8 de febrero de 1826 y el 27 de junio de 1827, cargo que a partir de una constitución de corta vigencia, que reflejaba su visión unitaria de la organización nacional y que fue rechazada por las provincias dado el predominio que atribuía a Buenos Aires. Rivadavia también es recordado por mantener estrechas relaciones con Inglaterra.

⁴ La Constitución Argentina de 1819 fue el proyecto de constitución aprobado en 1819 y que por su naturaleza unitaria provocó el rechazo de las provincias, y los caudillos federales que se enfrentaron al Directorio. El segundo intento de establecer una constitución unitaria ocurrió durante el gobierno de Rivadavia en 1826.

⁵ Artigas fue un caudillo popular y jefe militar de las montoneras gauchas que irrumpieron en las luchas independentistas en 1811 y que combatieron simultáneamente contra los españoles, contra las invasiones portuguesas y contra las agresiones militares de Buenos Aires.

⁶ El proyecto artiguista tuvo profunda raigambre popular. Participaban del mismo: criollos, campesinos pobres, indios, negros fugados, etc. Llegó a ejercer su dominio sobre toda la región litoraleña, disputándole el liderazgo a Buenos Aires y alcanzó a encarar una reforma agraria para distribuir tierras entre los más desfavorecidos antes de ser vencido por un doble ataque de los portugueses por el norte y los porteños por el sur.

Entre estos dos extremos del campo político existieron numerosas expresiones políticas intermedias que se acercaban más a una u otra de las posiciones según las diversas coyunturas, pero sin lugar a duda el antagonismo entre las dos fuerzas anteriormente mencionadas ordenó las luchas políticas en el Plata, al menos hasta 1830.

Hacia 1830, a pesar de la derrota militar definitiva que sufriera José Gervasio Artigas en 1820 y de la derrota política final de Bernardino Rivadavia en 1827, la lucha entre las dos corrientes políticas que estos hombres encarnaban no había alcanzado una resolución definitiva. Si bien el mapa de fuerzas había sufrido importantes cambios durante esos años,⁷ la balanza no se encontraba definitivamente inclinada a favor de ninguno de los dos lados.

La extensa confrontación entre estos dos proyectos, que llevaba más de 20 años de guerras civiles, guerras que se desarrollaron en paralelo y que sobrevivieron largamente a la guerra de independencia, tuvo consecuencias muy desfavorables para las economías provinciales. Esta situación abrió un espacio para que emergiera una suerte de precario equilibrio entre los dos proyectos, a partir de la articulación de elementos de uno y de otro, durante la hegemonía rosista⁸ entre 1832 y 1852.

Básicamente Rosas perteneció a la clase social de los hacendados de la provincia de Buenos Aires que a partir de 1830 construyó una alianza con la burguesía comercial del puerto (a quienes garantizó estabilidad política y el manejo del puerto para que pudieran continuar con sus negocios), con los terratenientes y hacendados de las provincias del interior (a quienes garantizó estabilidad política, autonomía en el manejo de sus provincias y protección aduanera de las economías artesanales regionales), y con las fuerzas populares organizadas en torno a las montoneras gauchas (reconociendo el liderazgo político de los caudillos regionales).

El proyecto rosista se mantuvo en el poder durante 20 años a través de permanentes negociaciones con los distintos elementos con constituían el inestable tejido político de la región en esos años. Los equilibrios políticos siempre eran precarios y se alcanzaban a través de pactos parciales entre provincias, caudillos y el poder central que se reunía en la figura de Rosas, aunque también por medio de prácticas de persecución política sobre los opositores de uno y otro bando que no se avenían al sistema de equilibrios propuesto por el caudillo bonaerense.

Las características centrales del sistema de equilibrios que permitió amortiguar/neutralizar el enfrentamiento entre los dos proyectos políticos antagónicos y constituir una suerte de autoridad nacional que articuló las distintas fracciones sociales y políticas emergentes de la disolución del Virreinato fueron: el sostenimiento de autonomía política frente a la influencia británica en el plano exterior;⁹ el reconocimiento de la autoridad provincial de los caudillos y de sus formaciones militares, las montoneras, en el plano

⁷ Por ejemplo, la proclamación de la independencia de los territorios de la provincia de la Banda Oriental que logró la diplomacia británica en 1827, dejó a la burguesía comercial de Buenos Aires y a Gran Bretaña en una posición de dominio casi absoluto de las relaciones comerciales de toda la Cuenca del Plata. Esta jugada política constituyó uno de los pilares fundamentales de la derrota final que sufrió la corriente política federal, heredera del ideario político artiguista.

⁸ Juan Manuel de Rosas fue un terrateniente, militar y político argentino, que en 1829 accedió al gobierno de la provincia de Buenos Aires y pronto lideró las relaciones políticas de las provincias argentinas. En un periodo en el cual no existía la figura presidencial en la vida política argentina, Rosas cumplió de hecho esa función. Fue derrotado militarmente 1852 por el entrerriano Urquiza. A partir de esa derrota marchó al exilio y se apartó definitivamente de la política rioplatense.

⁹ Rosas resistió los bloqueos y el intento de penetración de los británicos por la Cuenca del Plata para imponer la libre navegación de los ríos y continuar con el proceso de balcanización del antiguo Virreinato.

interior; y la reivindicación del modo de vida de los gauchos y de la cultura tradicional hispánica que arraigaba en los pueblos del interior (elementos que habían sido fuertemente atacados durante el predominio rivadaviano). A cambio de estas concesiones, la elite liberal de Buenos Aires y su expresión económica, la burguesía comercial portuaria, obtenían de Rosas una administración de los conflictos con las provincias del interior que garantizaba alejar las posibilidades de retorno a una guerra civil generalizada y el congelamiento de las discusiones sobre la sanción de una constitución nacional a través de la cual se federalizaran las rentas que originaba el puerto de Buenos Aires.

La hegemonía rosista se construyó sobre la base de una lucha permanente en contra de las pretensiones coloniales británicas y de una política interna que afianzó las jerarquías sociales que estaban vigentes al momento de consumarse la independencia. Es decir, resistencia al colonialismo externo británico y persistencia del colonialismo interno heredado de la sociedad hispánica.

Ahora bien, este equilibrio entre los dos grandes proyectos que se disputaban el sentido histórico que habría de tomar la independencia de España, logrado a partir de la sutil e implacable urdimbre política de Rosas, no duraría para siempre. En 1852, una alianza heterogénea, que incluyó representantes políticos y militares de la corriente federal de los pueblos del interior, de la unitaria del centralismo porteño, e incluso del Imperio del Brasil que nuevamente se hacía presente en el Cono Sur como mascarón de proa de la diplomacia británica, logró derrotar militarmente a Rosas y forzar su exilio del país. Una vez rotos los equilibrios que la política rosista había logrado construir, los enfrentamientos entre las dos históricas vertientes políticas no se hicieron esperar. Las luchas entre las montoneras gauchas del interior y las elites liberales porteñas volvieron al centro de la escena. Recién treinta años después, hacia 1880, este largo itinerario de luchas por hegemonizar el proceso político abierto luego de la independencia logró cerrarse. Una de las fracciones fue definitivamente vencida y sus banderas ya no volvieron a aparecer en el horizonte de la vida política argentina por muchos años, resurgiendo con otras formas recién en el siglo XX, con el advenimiento de los nacionalismos populares y la sociedad de masas.¹⁰

La lucha de las masas gauchas en la literatura decimonónica argentina: tres figuras de la subjetivación política

Tal como dijimos anteriormente, una vez vencido Rosas, hacia mediados del siglo XIX, reapareció el conflicto por el sentido político que se le daría a la construcción de una estatalidad moderna para la región y se abrió un último proceso de enfrentamientos entre los proyectos políticos en disputa.

En este trabajo nos proponemos reconstruir las características centrales que adquieren las formas de subjetivación política en el periodo a partir del análisis de algunas obras literarias producidas en la época.

Las premisas de las cuales partimos son las siguientes:

¹⁰ Por ejemplo, el yrigoyenismo, el peronismo y las experiencias revolucionarias de los años '60 y '70. Entre éstas últimas, la organización política *Montoneros* que alcanzó un lugar destacado en la vida política argentina de los años '70, proponía ya desde el nombre mismo hacer una reivindicación histórica de las montoneras decimonónicas que lucharon contra la elite liberal porteña y su proyecto de sumisión al poderío imperial británico.

a) la expansión política, económica y militar del imperialismo británico constituye el marco general en la cual tiene lugar el proceso de independencia y posterior construcción de formaciones estatales modernas en *nuestra América*.

b) la unidad geopolítica de la Cuenca del Plata opera como determinante estructural de los proyectos políticos que se abren luego de la independencia en el Cono Sur.

c) la emergencia de las masas a la vida política, a partir de su participación en las guerras de independencia y su consecuente puesta en crisis de las jerarquías tradicionales, constituyen el “hecho maldito”, el evento traumático o acontecimiento que la estatalidad emergente tiene que intentar reabsorber y controlar.

La hipótesis de la que partimos, y en este punto seguimos algunos aspectos de la apuesta teórica de Alain Badiou (2008), es la siguiente: cuando un acontecimiento político tiene lugar, la situación vigente, que hasta ese momento se mantenía como un orden político natural (legítimo, justo), sufre una dislocación que pone en evidencia su inconsistencia intrínseca, su carácter de ordenamiento históricamente producido y por tanto susceptible transformación; se abre entonces una brecha que posibilita la emergencia de la historia como proceso creativo y del ser humano como Sujeto creador de esa historia; en una circunstancia tal se producen, según Badiou, tres formas distintas de subjetivación política que batallan entre sí por poner un nombre a esa brecha y redefinir el sentido del proceso histórico en curso; la primera forma de subjetivación (sujeto fiel) es aquella que permanece fiel al evento que la vio nacer y construye un proyecto político sobre la inconsistencia (falta de legitimidad-justicia) que el acontecimiento ha revelado respecto de la situación vigente, esta forma de subjetivación se articula en torno a las posibilidades de transformar-revolucionar la realidad preexistente; la segunda de ellas (sujeto oscuro) es aquella que reacciona frente a la emergencia de esta primera forma de subjetivación política e intenta borrar los efectos que tiene sobre el orden político vigente apelando a instancias metafísicas que ocupan el lugar de lo sagrado (Dios, la nación, la civilización, la raza, la religión, la clase) para justificar la eliminación de sus adversarios; la tercera forma de subjetivación (sujeto reactivo) es aquella que propone reformar ciertos aspectos de la situación vigente con el objeto de contener el desborde político que ha generado el acontecimiento y garantizar la sobrevivencia del régimen reinante.

En el marco del proceso político anteriormente descrito, durante la segunda mitad del siglo XIX, aparecieron un conjunto de obras literarias que han sido catalogadas por el mainstream de la crítica cultural vernácula como obras fundacionales de la literatura argentina. Estas obras, entre las que se cuentan *El matadero* de Esteban Echeverría, *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, los escritos de Juan Bautista Alberdi, *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla, y el *Martín Fierro* de José Hernández, entre otras, fueron producidas al calor y como parte imprescindible del conflicto abierto entre los proyectos políticos en pugna y en sus textos se encuentran sedimentadas las tensiones y repulsas que atravesaron el cuerpo social en ese momento histórico.

En este trabajo nos detenemos solamente en tres de ellas con el objeto de rastrear en sus textos marcas que nos permitan reconstruir la estructura simbólica y los contenidos normativos que se condensaron en torno a cada una de las tres formas de subjetivación política que, según nuestra hipótesis, tuvieron lugar en ese periodo.

Nos proponemos trabajar específicamente en tres escritos producidos de manera póstuma, cuando ya uno de los proyectos en pugna, el que intentaba destruir las jerarquías coloniales y democratizar las sociedades de los estados nacientes, había sido finalmente vencido: *La vida*

del Chacho de Hernández (1863), *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos* de Sarmiento (1868) y *Juan Moreira* de Gutiérrez (1879).

Las dos primeras fueron escritas con motivo del asesinato de Vicente Angel “el Chacho” Peñaloza, líder de las últimas montoneras gauchas que enfrentaron hacia 1860 el poder de las élites liberales de Buenos Aires, que ya comenzaban a perfilar su hegemonía política y militar sobre toda la región. Por un lado, en el texto escrito por Hernández se denuncia la brutalidad y la injusticia del asesinato que cometían los sicarios enviados por Sarmiento con anuencia de los unitarios porteños para ultimar al líder federal y extinguir el último foco de resistencia gaucha. Por otro lado, Sarmiento, sostiene en su texto el carácter incivilizado de Peñaloza y ubica las luchas que este encarnó como una expresión más de la barbarie que, según su particular perspectiva, dominaba las extensiones rurales de territorio argentino e impedían el avance del progreso.

La tercera de estas obras fue escrita por Eduardo Gutiérrez unos años después, en tiempos en los que se consolidaba la autoridad del Estado nacional argentino en todo el territorio y el país se plegaba vertiginosamente a la estrategia de expansión imperial británica y generalizaba una estructura económica agroexportadora a partir de la incorporación masiva de mano de obra proveniente de Europa y de nuevas tierras para la producción con la matanza-desplazamiento de los pueblos originarios. En ese marco esta obra no se inscribirá en la lógica binaria que organizó las batallas políticas rioplatenses por más de medio siglo. Por el contrario, en ella se intenta recuperar la figura del gaucho como habitante natural de las pampas y se pretende habilitar una crítica del orden institucional afianzado por el predominio de los liberales porteños.

Empecemos por el análisis sobre la obra de Sarmiento. Este autor expresa en sus textos (y consecuentemente en su práctica política)¹¹ la posición del sujeto oscuro. ¿En qué sentido decimos esto? Entendemos la irrupción de las masas del interior (criollas, mestizas, indias; rurales siempre) en 1811 bajo el liderazgo de Artigas en el decurso de las guerras independentistas como un acontecimiento, como un evento que hizo posible el *clinamen*¹² *federal popular* que abrió el sentido de la historia y puso en juego una ruptura con el lógico desenvolvimiento de la estructura de poder heredada de la estructura social colonial (que imponía la primacía de lo blanco y de lo portuario, sobre el resto de la población y el territorio).

Este clinamen o punto de fuga histórico que mantuvo tensionada las jerarquías de la estructura social rioplatense durante más de medio siglo intenta ser borrado por Sarmiento. El autor realiza una operación por la cual inscribe una racialización de nuevo cuño en el cuerpo social, distinguiendo entre los civilizados (hombres blancos que viven en las ciudades) y el resto de la población identificada, como biológicamente inferior bajo el rótulo de la barbarie. Esta porción de la población se opone según Sarmiento al proyecto de la elite liberal porteña, no por defender otros intereses, sino por una imposibilidad racial para adquirir los hábitos de la vida “moderna” y plegarse al “tren del progreso”. Por esta razón Sarmiento entiende que se

¹¹ Fue presidente entre 1868 y 1874.

¹² La “acción con clinamen” es tomada por Boaventura de Sousa Santos (2007) del pensamiento griego. El clinamen es aquello que perturba la relación entre causa y efecto. No implica una ruptura dramática, se trata de sutiles intervenciones creativas, con movimiento impredecible e inexplicable, que trastocan una situación que se pretende de normalidad.

trata de una porción de la población de menor calidad que resulta necesario extirpar para que finalmente una formación estatal moderna se instaure.

En este sentido el autor afirma sobre el levantamiento del Chacho Peñaloza:

Es el movimiento mas plebeyo, mas bárbaro que haya tenido lugar en aquellos países; pero aún así, como el de los chouans en Francia, i de la jacquerie en la edad media, puso en peligro cuatro provincias, i pudo desquiciar toda la República. (Sarmiento, 1868: 16)

Para agregar después:

Todo país encierra en su seno elementos de desorden. Los nuestros son numerosos. Están en la barbarie dominante, en las campañas, en la despoblación de nuestros desiertos, en las pasiones feroces que este estado de cosas desenvuelve. Pero recordad nuestra historia de cincuenta años a esta parte, i veréis que cada día pierden fuerzas; i que con Quiroga, Rosas, Urquiza i tantos otros han sido vencidos sucesivamente, hasta hacer prevalecer un orden regular. Sucederá hoy lo que ha sucedido siempre. Harán daños, desquiciarán el orden, interrumpirán los trabajos que adelantan los pueblos; pero al fin, como siempre, triunfarán la civilización, el orden regular, las leyes que nos ha legado la Europa. (Sarmiento, 1868: 18)

Este autor niega directamente el estatuto de sujeto histórico, y por tanto, su carácter de adversario político, a los caudillos que lo enfrentan. Para él, la política y la historia empiezan después de estas “masas bárbaras”: antes, en el enfrentamiento con esas masas, lo que hay es simplemente una guerra contra la barbarie, material humano de menor valía que el progreso más temprano que tarde, extinguirá. Es esta la razón que lo lleva a adjudicar el levantamiento que Peñaloza emprende en inferioridad de condiciones contra el gobierno de orientación liberal de Mitre, a una suerte de irracional pasión por las batallas. En este sentido sostiene:

El bárbaro es insensible de cuerpo, como es poco impresionable por la reflexión, que es la facultad que predomina en el hombre culto. Es por tanto poco susceptible de escarmiento. Repetirá cien veces el mismo hecho si no ha recibido el castigo en la primera. El bárbaro huye pronto del combate; i seguro de su caballo, la persecución que no lo alcanza, no ejerce sobre su ánimo duraderos terrores. Volverá a reunirse lejos del peligro, sin echar muchas cuentas sobre los que mas tarde pudieran sobrevenirle. ¿Concíbese de otro modo cómo Peñalosa emprende una guerra, cuando sometida toda la República, había cuerpos de ejércitos victoriosos en Catamarca al Norte, en Córdoba al Este, en San Juan en 1862 al Sur? I sin embargo esto lo repite cada uno de esos campesinos a su turno. (Sarmiento, 1868: 2)

Niega con ello toda la politicidad de la lucha que encarna Peñaloza; borra el clinamen histórico en el cual se inscribe este alzamiento popular con el objeto de justificar la eliminación física de los insurrectos. En efecto, una vez que las montoneras de Peñaloza fueron vencidas, el General de mil batallas envía delegados para negociar la paz y se retira a su campo en La Rioja con su familia. Unas semanas después, un grupo de sicarios enviados por Sarmiento se allegan al lugar y lo sorprenden, asesinándolo cruelmente. Posteriormente cortan la cabeza del cadáver y la clavan sobre una pica para exponerla en la plaza pública y escarmentar a sus ya silenciados partidarios. Todo eso en nombre de la civilización! Así justificaba, en efecto, el asesinato Sarmiento:

los jefes de fuerzas no castigan sino por medios ejecutivos que la ley ha provisto; i cuando son salteadores los castigados, los ahorcan si los encuentran en el teatro de sus fechorías. La palabra outlaw, fuera de la ley, con que el inglés llama al bandido, contiene todo el procedimiento. Las ordenanzas lo tienen, autorizando a los comandantes de milicia a ejecutar a los salteadores. En la carta confidencial [el presidente Mitre] confirmaba i explicaba esas instrucciones...: “Digo a V. en esas instrucciones que procure no comprometer al Gobierno nacional en una campaña militar de operaciones, porque dados los antecedentes del país, no quiero dar a ninguna operación sobre la Rioja, el carácter de guerra civil. Mi idea se resume en dos palabras, quiero hacer en la Rioja una guerra de policía. La Rioja se ha vuelto una cueva de ladrones que

amenaza a los vecinos, i donde no hai gobierno que haga ni la policia de la provincia. Declarando ladrones a los montoneros sin hacerles el honor de considerarlos como partidarios políticos, ni elevar sus depredaciones al rango de reaccion, lo que hai que hacer es mui sencillo". (Sarmiento, 1868: 67)

¿Qué había que hacer entonces? Sarmiento responde:

En las revoluciones políticas con gobiernos i ejércitos revolucionarios, las leyes de la guerra entre naciones, protejen a los rebeldes. Los guerrillas desde que obran fuera de la protección de gobiernos i ejércitos, están fuera de la lei i pueden ser ejecutados por los jefes en campaña. Los salteadores notorios están fuera de la lei de las naciones i de la lei municipal, i sus cabezas deben ser espuestas en los lugares de sus fechorías. (Sarmiento, 1868: 73)

Esta civilización (y con ella el advenimiento de la historia, del derecho y de la política) se alcanzaría luego de una guerra brutal contra la población local, eliminándola, excluyéndola a los márgenes y sustituyéndola por inmigrantes europeos. En esta guerra todo estaba permitido. Sarmiento se jactaba de ello recordando una conversación que sostuvo con un militar francés durante su visita a Argel:

El Mariscal Bugeaud decía con este motivo que para vencer a los bárbaros con sus medios era preciso hacerse mas bárbaro que ellos. (Sarmiento, 1868: 20)

Se cumple aquí esa dialéctica de la colonización que identifica perspicazmente Césaire Aimé:

la colonización, repito, deshumaniza al hombre incluso más civilizado [...] la conquista colonial, fundada sobre el desprecio del hombre nativo y justificada por este desprecio, tiende inevitablemente a modificar a aquel que la emprende [...] el colonizador, al habituarse a ver en el otro a la bestia, al ejercitarse en tratarlo como bestia, para calmar su conciencia, tiende objetivamente a transformarse él mismo en bestia (Aimé, 2006: 19)

Ahora bien, Sarmiento está profundamente imbuido del espíritu del positivismo y tiene una gran aversión por todo lo hispánico. Por esta razón su proyecto no intenta destruir-borrar ese sujeto plebeyo emergente en nombre del orden colonial previo. Su respuesta es reaccionaria, pero no cabalmente conservadora. Sarmiento (y el sector político que en su pluma se expresa) se propone transformar profundamente la sociedad de su época y para ellos dedica sus esfuerzos a extirpar de la región la población preexistente y los rasgos culturales que la sociedad rioplatense hereda de la hispanidad. Se trata de fundar una sociedad nueva a partir de una institucionalidad liberal positivista, una economía agroexportadora vinculada a Inglaterra y una población proveniente de Europa, preferentemente del norte, que se incorpora al país a través de la instrucción pública. El corazón del discurso sarmientino es racista. Y cambiando los contenidos hispánicos del régimen político anterior, se propone con éxito mantener y radicalizar las relaciones coloniales al interior de la sociedad (primacía de los blancos, primacía de los puertos) pero atadas a una nueva estructura colonial externa con centro en Inglaterra.

Pasemos ahora a recorrer el texto de Gutiérrez. Este autor despliega una suerte de crítica interna de la "civilización" que resultó finalmente vencedora y logró frenar los impulsos democráticos que se abrieron en el decurso de las luchas por la independencia.

La historia que narra esta obra cuenta las desventuras de un habitante natural de las pampas argentinas llamado Juan Moreira, quien forzado por los abusos cometidos sobre su familia por aquellos que detentan la autoridad pública en su pueblo, es compelido a un largo camino de crímenes y desgracias que acaban en su muerte.

Encontramos aquí otra forma de responder frente a la interpelación del acontecimiento abierto por irrupción de las masas plebeyas que puso en cuestión el carácter colonial de la distribución social del poder. En este caso Gutiérrez no se propone, como hace Sarmiento, borrar los rastros del acontecimiento, extirpar sus formas de organización, eliminar los cuerpos que encarnan esa subjetividad política plebeya. Se trata de una crítica al racismo del discurso sarmientino que busca recuperar la figura del gaucho pero completamente despolitizada: recuperar el cuerpo del gaucho, pero sin su subjetividad política; recuperar la partícula, pero omitiendo el clinamen que algún día portó, su condición de posibilidad histórica. Es decir, en este discurso no se pone en cuestión la estrategia general del poder liberal vigente: fomento de la inmigración europea, librecambio y economía agroexportadora, concentración de tierras en los estancieros ganaderos, predominio de Buenos Aires. Lo que se cuestiona es el rol marginal al que queda reducido el gaucho en este proceso, la exclusión que sufre en el nuevo sistema económico y social que se está gestando.

Veámoslo en palabras de Gutiérrez:

El gaucho habitante de nuestra pampa tiene dos caminos forzosos para elegir: uno es el camino del crimen, por las razones que expondremos; otro es el camino de los cuerpos de línea, que le ofrecen su puesto de carne de cañón. El gaucho, en el estado de criminal abandono en que vive, está privado de todos los derechos del ciudadano y del hombre; sobre su cabeza está eternamente levantado el sable del comandante militar y de la partida de plaza a quien no puede resistirse, porque entonces, para castigarlo, habrá siempre un cuerpo de línea. Ve para sí cerrados todos los caminos del honor y del trabajo, porque lleva sobre su frente este terrible anatema: hijo del país. En la estancia, como en el puesto, prefieren al suyo el trabajo del extranjero, porque el hacendado que tiene peones del país está expuesto a quedarse sin ellos cuando se moviliza la guardia nacional, o cuando son arriados como carneros a una campaña electoral. El gaucho viene a ser un paria en su propia tierra, que no sirve para otra cosa que para votar en las elecciones con el juez de paz o el comandante, o para engrosar las filas de los regimientos de línea, a que tiene horror. (Gutiérrez, 1879: 3)

En este párrafo está condensada la posición de este autor. Se trata de un modo de responder a la interpelación que produce la irrupción plebeya en el siglo XIX desde otro lugar subjetivo: el de la reforma parcial que no cambia la estructura colonial vigente.

En efecto, Gutiérrez no pone en cuestión en ningún momento la sujeción del país al colonialismo externo, y tampoco impugna el orden colonial interno. Simplemente se detiene a criticar el desnivel impuesto por la política sarmientina entre los inmigrantes y los “hijos del país”. La única jerarquía social que señala como injusta es la que favorece a los inmigrantes europeos por sobre los naturales de las pampas, sin mencionar el resto de las jerarquías que organizan el colonialismo interior en Estado argentino naciente. Incorporar al gaucho como asalariado dentro de la economía liberal agroexportadora pareciera ser el programa político que subyace en esta obra.

Pasemos ahora al caso de Hernández. La obra de este autor está compuesta por un conjunto de artículos que publicó en un periódico de la época con motivo del asesinato de Peñaloza en 1863 y que luego fueron recopilados en un solo ejemplar.

En estos escritos Hernández no aborda la cuestión del asesinato del Chacho desde el punto de vista de la identidad cultural de los gauchos que lo siguieron en su lucha. No hace espejo invertido de la construcción simbólica de Sarmiento. No se detiene a resaltar las virtudes de la cultura plebeya como verdadera portadora de la identidad nacional frente a la política extranjerizante de la civilización liberal. Sí, denuncia la barbarie del accionar de partido unitario (liberal porteño) que se expresa en el asesinato de Peñaloza. Pero no le opone una identidad civilizada. Simplemente dedica la mayor parte de sus páginas a reconstruir la extensa historia política y militar del Chacho, que luego de innumerables batallas llegó a ser

general de los ejércitos regulares del país en tiempo del gobierno de Urquiza¹³, y a exponer las circunstancias históricas que lo llevaron a enfrentarse en 1861 al gobierno central de Mitre y a su lugarteniente local, el gobernador Sarmiento.

En el texto no hay menciones explícitas sobre los contenidos del proyecto político que encarnaron las montoneras de Peñaloza. Tampoco una crítica directa de las políticas que promovieron los liberales porteños frente a la cuestión que hemos identificado como colonialismo interno y externo.

Solamente, dos referencias curiosas, disonantes en el texto, que operan como marcas disimuladas que permiten distinguir la oposición de Hernández al proyecto colonial británico que encarnan Mitre y Sarmiento en el país. En estas dos referencias que a continuación transcribimos y en el exhorto que allí se expresa hacia la figura del General Urquiza, último líder federal que sobrevive resguardado en su provincia, para que intervenga con sus milicias para desbaratar la política mitrista, encontramos la reivindicación del *clinamen federal popular* que los liberales eliminaban no sólo físicamente del territorio y sino de la propia construcción del relato histórico sobre la gesta independentista en el Plata.

La primera de ellas dice lo siguiente:

Los salvajes unitarios están de fiesta. Celebran en estos momentos la muerte de uno de los caudillos más prestigiosos, más generoso y valiente que ha tenido la República Argentina. El partido federal tiene un nuevo mártir. El partido unitario tiene un crimen más que escribir en la página de sus horrendos crímenes. El general Peñaloza ha sido degollado. El hombre ennoblecido por su inagotable patriotismo, fuerte por la santidad de su causa, el Viriato Argentino, ante cuyo prestigio se estrellaban las huestes conquistadoras, acaba de ser cosido a puñaladas en su propio lecho, degollado, y su cabeza ha sido conducida como prueba del buen desempeño del asesino, al bárbaro Sarmiento. El partido que invoca la ilustración, la decencia, el progreso acaba con sus enemigos cosiéndolos a puñaladas. (Hernández, 1875: 5)

El texto en sí mismo es suficientemente claro. Sin embargo hay un punto en él que resulta oscuro: ¿qué significa el “Viriato Argentino”? Antes de responder a esta pregunta, recorramos este otro pasaje de Hernández:

¡En guardia, general Urquiza! El puñal está levantado, el plan de asesinaros preconcebido; la mano que descargue el golpe la comprará el partido unitario con el oro que arrebató el sudor de los pueblos que esclaviza. ¡En guardia, general Urquiza! Esas hordas que con el bárbaro Flores abrazan la República Oriental, formadas y pagadas con el oro de la Nación Argentina, mandadas en los buques de guerra argentinos, son la vanguardia de los iroqueses que en Buenos Aires aguardan el momento de concurrir al festín del degüello que se divisa en San José. No son las protestas de los traidores encubiertos; no son las seguridades de los consejeros incautos, las que han de desviar la mano alevé que espía vuestro cuello en la soledad y en la sombra. Es vuestro propio valor. Es vuestra propia energía. ¡Alerta! general Urquiza. (Hernández, 1875: 6)

Nuevamente el texto expone con claridad la posición de política de Hernández. Sin embargo hay un fragmento insólito: ¿Quiénes son los iroqueses que en Buenos Aires aguardan?

En estas dos referencias está contenida la reivindicación del proyecto político que encarnaron las masas plebeyas con su irrupción en la historia a comienzos del siglo XIX. Por un lado se denuncia de manera explícita el colonialismo interno cuando Hernández se refiere

¹³ General del partido federal de la provincia de Entre Ríos que ejerció la primera magistratura del país entre 1853 y 1861.

al oro que obtiene el partido unitario de los pueblos que esclaviza. Por otro lado se denuncia de manera solapada el colonialismo externo ejercido por Inglaterra: Viriato era un caudillo militar lusitano que en el siglo I luchó contra las tropas del Imperio Romano que ocupaban la península ibérica y que logró garantizar la autonomía de su pueblo hasta que fue asesinado por sicarios romanos; los iroqueses son unas comunidades de indios de América del Norte que durante la guerras de independencia que la trece colonias emprendieron contra Gran Bretaña se aliaron a la potencia europea para mantener el estatuto colonial en la región.

De esta manera, vemos en el texto que Hernández reivindica el carácter anticolonialista del proyecto político que encarna la lucha de Peñaloza en tanto Viriato que lucha contra el imperio de turno y sus representantes locales, los iroqueses afincados en Buenos Aires.

Hemos visto hasta aquí entonces, en estas tres obras de la literatura argentina, tres formas de subjetivación política frente al acontecimiento que marcó la emergencia de las masas en el siglo XIX. Una primera forma, la de Sarmiento, que apela a construcciones identitarias estancas, cuasi metafísicas, en la construcción de su proyecto político y termina en el ejercicio de una pura violencia, que justifica su propia bestialidad en el intento de deshumanizar a su adversario. Una segunda forma, la de Gutiérrez, que aspira a suprimir la confrontación que se abre a partir de un acontecimiento político intentando reformar algunos puntos de la estructura social vigente para contener el empuje de las masas sin que desborden las jerarquías centrales que ordenan la sociedad. Una tercera forma, que aparece expresada en los textos de Hernández, que reivindica la vigencia irreductible de la lucha emancipatoria que sobreviene a un acontecimiento que pone en cuestión las jerarquías sociales en un momento histórico determinado.

Estas tres figuras de subjetivación política, que aquí hemos explorado inicialmente, pueden ser una base conceptual preliminar para estudiar otros procesos de la historia rioplatense que pusieron en cuestión la doble estructura de gubernamentalidad que ha caracterizado históricamente a nuestras sociedades (producto de la articulación entre colonialismo interno y colonialismo externo) y que marcaron puntos de clinamen o apertura para la posibilidad de otra historia: una historia de los otros.

Bibliografía

Badiou, Alain (2008), *Lógicas de los mundos: el ser y el acontecimiento*, 2. Buenos Aires: Manantial.

Césaire, Aimé (2006), “Discurso sobre el colonialismo”, in *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal, 13-43.

Cunin, Elisabeth (2002), “Asimilación, multiculturalismo y mestizaje: formas y transformaciones de la relación con el otro en Cartagena”, in Mosquera, C.; Pardo, Mauricio; Hoffman, O. (orgs.), *Afrodescendientes en las Américas*. Bogotá: Ilsa, 279-293.

González Casanova, Pablo (2006), “Colonialismo Interno (una redefinición)”, in Boron, Atilio; Amadeo, Javier; González, Sabrina (orgs.), *La Teoría Marxista Hoy: problemas y perspectivas*. Buenos Aires: CLACSO, 409-434.

Hernández, José (1875), *Vida del Chacho*. Paraná: El Argentino.

Mignolo, Walter D. (1996), *Espacios geográficos y localizaciones epistemológicas: la ratio entre la localización geográfica y la subalternización de conocimientos*, Universidad Javeriana, Bogotá. Consultado a 19 de abril de 2014, disponible en <http://www.javeriana.edu.co/pensar/Rev34.html>.

Quijano, Aníbal (2000), “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, in Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires, CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 122-151.

Santos, Boaventura de Sousa (2007), “Para Além do Pensamento Abissal: das linhas globais a uma ecologia de saberes”, *Novos Estudos - CEBRAP*, 79, 3-46.

Sarmiento, Domingo F. (1868), *El Chacho, el último caudillo de las montoneras de los llanos*. Nueva York: Apletton y Cía.